

PENETRACIÓN CRISTIANA

Por
ANGIE MICHELLE MUÑOZ CASTILLA

Hace unas semanas decidí irme de retiro católico con dos amigas. Ellas me cancelaron a último momento pero allí estaba yo, cinco de la madrugada en el terrapuerto de Lancre, esperando el transporte que me lleve a mí y otras chicas, a nuestra casa. Vino un camión a recogernos. Creí que era broma pero todas empezaron a subir en la parte posterior y se sentaban en sus mochilas. Había llovido y la carretera no estaba asfaltada. Olía a estiércol.

Nos dijeron que cada una tendría que llevar sus pertenencias. Con mucho cuidado levantaba mis maletas porque había animales de corral sueltos. Pero en el tercer recorrido ocurrió. Terminé con mis botines llenos de barro y excremento. Me imaginé la situación como una película, yo como la doble que interpretó perfecto su papel. Pero al igual que en los rodajes de las películas nadie valora a la doble, nadie se interesó por mi caída.

No estaba con zapatos correctos para trotar y tampoco me importó. Corrí lo más rápido que pude hacia la casa. Tenía que tranquilizarme. Decidí bañarme y solo quería mi toalla del equipaje que no logré traer. Escuché que ya no quedaba ninguna maleta fuera.

—Pero yo no conseguí trasladar todas. ¿Quién trajo las demás? —pregunté.

—¡Yo! Bel, ¿no? Es que me pareció injusto que vuelvas a pasar por allí. Tendrías que asearte primero, ¿no crees? —me respondió riéndose.

Solo había dicho mi nombre, pero para mis oídos se sintió como el mejor de los halagos. Sus labios, con un ligero brillo rosa, seguían moviéndose y dejé de escucharla. Me concentré en ella. No sabía cómo se llamaba pero necesitaba tocarla. Estaba muy tapada. Como un caramelo con dos envolturas. Mis manos caminarían por todo su cuerpo y nuestros cabellos se enredarían hasta poder respirar solo una de la otra. Me imaginaba arrancándole su pomposo ropaje en este asqueroso lugar. Sería como mi postre de cada tarde. “Tienes catorce días, Bel” me dije. Este era mi objetivo y mi cuerpo sentiría el suyo mañana o dentro de dos semanas.

Me informaron que en las madrugadas el frío era hasta los diez grados bajo cero, por ello todas dormíamos en el único cuarto con puerta. Al quinto día tuve el valor de hablarle. Se llamaba Karla, tenía vientos años y en dos sería monja. Mi situación se había transformado de difícil a prácticamente irrealizable. Había otras seis mojigatas que en el día la seguían a todos lados. Y la única oportunidad que tenía con ella era al realizar los quehaceres de la casa.

Con mi papá siempre tuvimos una empleada en casa. Pero este viaje me trajo una nueva sorpresa: un cuadro de tareas en parejas. “Así será más divertido”, decía Karla. Ella era nuestra encargada y su plan consistía en lavar los servicios, cocinar o trapear en equipo.

Cada una tenía solo una tarea con ella. La mía recién sería hasta cinco días antes de irnos y mi estrés se reflejaba en la sangre de mis cutículas destrozadas.

La casa era de adobe. Había huecos designados para las ventanas pero allí solo se veían botellas de cervezas que impedían el ingreso de animales. Ella dormía en medio de la habitación y solo unos metros nos distanciaban. Podía escuchar su respiración. Alrededor de las once entraba un poco de luz. Me levantaba y me fijaba si estaba suficientemente abrigada.



Siete días y no me acostumbraba. Ayudé a servir el almuerzo y se fijó en mi brazo izquierdo.

—¿Te tatuaste una cruz? ¡Qué hermoso, Bel! Si podría me tatuaría el nombre de Cristo en todo mi cuerpo. Pero él sabe que soy suya.

La situación me estaba empezando a molestar. Habían pasado días y ella no dejaba de hablar de su bendito Dios. ¿Qué le puede ver alguien así a un viejo de cabello largo que puede ni existir? Odiaba a su Jesús. Mi cuerpo hervía. Necesitaba correr, sacar esto fuera de mí. Pero, ¿qué era 'esto'? ¿Una emoción? Quería golpearlo, desaparecer ese cielo para que Karla me vea como lo ve a él.

Cinco días restantes. Nos tocó limpiar la casa, incluyendo el silo. Por momentos la había descubierto mirándome y dudosa se animó a preguntarme.

—¿Por qué tienes el cabello tan corto?, ¿o de ese color? —no logré evitar reírme. Fui sincera.

—A los once años mi mamá nos dejó y sentí que mi exterior tenía que reflejar la pérdida emocional. Amaba mi cabello. Además el azul es mi color favorito —tomó las manos y las besó.

—Eso debió ser duro. ¿Cómo vivir sin tu ejemplo a seguir?, ¿cómo tomar tus decisiones?

—Mi mamá nunca me decía qué hacer. Solo una vez, de pequeña en Navidad mencionó que al crecer me llevaría a un retiro espiritual porque las chicas siempre regresaban muy felices. Y aquí estoy. Ella no logró crecer conmigo, pero me sentí en el deber de venir.

Me explicó que su mejor amiga era su madre y no se imaginaba vivir sin ella. Su papá tuvo una amante pero el matrimonio no se rompió. Creo que sintió lástima, porque corrió a traerme un denario para rezar. Estaba con polo y sin brasier, sus pechos eran como los de una niña. Maravillosos de observar.

Faltaban dos días. Eran las doce y por lo tanto tiempo de bañarnos y reflexionar. A diferencia de las demás chicas que demoraban horas aseando su cabello, mi caso era diferente. Cinco minutos para lavarme, enjuagarme y ponerme una crema eran suficientes. Peinarme no me parecía necesario.

—¿Te molesta si te ayudo con el cabello hoy, Bel? —mi nombre en sus labios seguía teniendo la misma efusión de la primera vez.

—¿Qué? Claro, pero no tengo cepillo ni nada.

—No te preocupes, acompáñame al cuarto.

Entramos y Karla encontró un cepillo blanco para mí. Sus dedos acariciaban mi cabeza y podía sentir el calor de cada uno. Tuve que reprimir algunos gemidos porque el simple roce de su piel contra la mía me excitaba.

—Me recuerdas a Erick... el de los cabellos azules.

—¿A quién?

—En primer año me gustaba muchísimo un chico llamado Erick. Tenía el cabello azul, pero me dijo que era gorda y fea —sentía la aflicción en sus palabras.

—¡Ay, disculpa! No sé qué me ocurre. Mayormente no hablo de mí —creo que pasó una eternidad.

—Solo que necesito probar algo, por favor.

Cerró sus ojos y me dio un ligero beso en los labios. Tenía miedo, pero esta era mi oportunidad. Serían unos noventa minutos de intensa reflexión. Introduje mi lengua en su boca. Ella se había encargado de este viaje pero ahora era mi turno. Le mordí los labios y arranqué su horrible envoltura. Desnuda era mi trofeo. Mis dedos se sumergieron por todo su cuerpo. Su lengua recorría mis pezones y para no gemir me ponía su mano en la boca. Al ver sus ojos, ellos me lo confirmaron. Yo le había ganado. Sin importar que su Dios le ofreciera el cielo, yo le había dado el ardor de su mejor pecado.

Ponernos la ropa fue una tarea compleja. Nos besábamos cada diez segundos y ambas queríamos más. Ella olía y besaba mi cabello. Karla sabía que me encendía. La masturbación no tenía punto de comparación. Era como si conociera todos mis puntos débiles. “Mi pedazo de pan” afirmó, mientras erguía su cuerpo. No la entendí. Quería decirle mil palabras pero mejor se las demostré. La toqué, mientras ella acariciaba mis mejillas y tiraba de mi cabello. Al ver su rostro me di cuenta de que, tal vez, no sería solo sexo. El color marrón de sus ojos parecía haber cambiado. Ella quería más.

Llegó el viernes por la mañana. Todas ya estábamos listas para ir al terrapuerto. El camión llegó y cuando vi a Karla subirse, tuve el apetito de tocarle el trasero. Lo hice.

—Uy, disculpa —dije, pero ella tenía otros deseos.

—Bel, lo sucedido entre nosotras no lo puedo expresar en palabras terrenales. Dios ya me juzgará, pero mi anhelo por ser monja no cambia. Lamento no habértelo dejado claro.

Así me respondió, con su frase hecha del Papa. La existencia o no de Dios siempre me fue indiferente, pero ahora lo odio muchísimo y si lo odio, Él existe.